

Italia en La Colmena



Said Alanís Cortés, *Tres fuerzas*, 2007, acrílico y óleo sobre tela, 130 × 150 cm.

Giovanni Verga

La Loba

Era alta, flaca, pero con los senos firmes y vigorosos, aunque ya no era joven; pálida, como si fuera víctima de la malaria, y en esa palidez chicos ojotes y dos labios frescos y rojos, devoradores.

En la aldea la llamaban La Loba porque nunca se hartaba de nada. Las mujeres hacían la señal de la cruz al verla pasar sola, como perra roñosa, con el paso receloso y vagabundo de loba hambrienta. Con sus labios rojos despulpaba a los hijos y a los maridos de la aldea, en un abrir y cerrar de ojos, y los traía al trote con su sola mirada de satanás, aun estando ante el altar de Santa Agripina. Por fortuna, La Loba nunca iba a la iglesia en Pascua ni en Navidad, ni a oír misa ni a confesarse. El padre Angelito de Santa María de Jesús, un verdadero siervo de Dios, perdió su alma por ella.

La pobre Mariquita, tan buena muchacha, lloraba a escondidas por ser hija de La Loba, y ninguno quería casarse con ella, a pesar de tener un buen ajuar y su buena tierra soleada, como cualquier otra muchacha de la aldea.

Una vez, La Loba se enamoró de un hermoso joven que había sido soldado y segaba el heno con ella en las tierras del notario; pero lo que se llama enamorarse, sintiendo que las carnes le ardían bajo el fustán del corpiño, y sintiendo, al mirarlo a los ojos, la sed que se siente, en las horas tórridas de junio, al fondo de las llanuras. Pero él seguía segando tranquilamente y, viendo los montes, le decía:

—¿Qué tiene, doña Pina?

En los campos inmensos, donde sólo se oía el revoloteo de los grillos, cuando el sol caía a plomo, La Loba hacinaba, montón tras montón, gavilla sobre gavilla, sin cansarse nunca, sin erguirse un solo momento, sin acercar sus labios a la garrafa, a fin de no alejarse de Nanni, que segaba y segaba, preguntándole de vez en cuando:

—¿Qué quiere, doña Pina?

Y una noche se lo dijo, mientras los hombres dormitaban en la era, cansados de la larga jornada, y los perros aullaban en el inmenso campo negro:

—¡Te quiero a ti! A ti, que eres hermoso como el sol y dulce como la miel. ¡Te quiero a ti!

—En cambio, yo quiero a su hija, que es soltera —respondió Nanni, sin aguantarse la risa.

La Loba se llevó las manos a la cabeza, se rascó las sienes y, sin decir palabra, se fue. No volvió a aparecerse en la era. Pero en octubre volvió a ver a Nanni, el mes en que se extrae el aceite, porque él trabajaba cerca de su casa y el rechinar de la prensa no la dejaba dormir durante toda la noche.

—Coge el costal de aceitunas y ven conmigo —le ordenó a la hija.

Nanni empujaba las aceitunas con una pala, para que cayeran bajo la muela, gritándole “¡Arre!” a la mula, para que no se detuviera.

—¿Quieres a mi hija Mariquita? —le dijo doña Pina.

—¿Qué le va a dar usted a Mariquita? —le preguntó Nanni.

—Tiene lo que le dejó su padre; además, le doy mi casa. A mí me basta con un rincón en la cocina, donde pueda tenderme en un jergón.

—De ser así, ya hablaremos de eso en Navidad —le dijo Nanni.

El joven estaba muy sucio y embarrado de aceite y de aceitunas puestas a fermentar, y Mariquita no lo quería bajo ningún aspecto; pero la madre la agarró por los cabellos, frente al fogón, y, rechinando los dientes, le dijo:

—¡O te casas con él o te mato!

La Loba estaba casi enferma, y la gente andaba diciendo que cuando el diablo envejece se vuelve ermitaño. Ya no andaba aquí y allá, ya no se paraba bajo el umbral de su casa, con aquellos ojos de endemoniada. Cuando lo miraba cara a cara, su yerno se echaba a reír, sacaba el trajecito de la Virgen y se santiguaba. Mariquita se quedaba en casa, amamantando a sus hijos, mientras su madre se iba al campo a trabajar con los hombres, como cualquiera de ellos, aunque soplara el cierzo en enero o el siroco en agosto, cuando los mulos andan con la cabeza gacha y los hombres duermen de bruces, al abrigo de los muros. En las horas que van de la víspera a la nona, en las que ninguna mujer es buena, La Loba era la única alma que vagaba por el campo, sobre las piedras ardientes de los senderos, entre los rastrojos requemados, en la inmensa llanura que se perdía en el bochorno, lejos, lejos, hacia el Etna caliginoso, donde el cielo se aposentaba en el horizonte.

—¡Despierta! —le dijo La Loba a Nanni, que dormía en una zanja, al lado de un matorral polvoriento, con la cabeza entre los brazos—. Despiértate; te traigo vino para que te refresques la garganta.

—¡No! ¡No hay mujer buena entre la víspera y la nona! —gemía Nanni, metiendo la cabeza entre la hierba seca de la zanja, mesándose los cabellos—. ¡Váyase, váyase! ¡No vuelva nunca a la era!

Y La Loba se marchaba, amarrándose las trenzas soberbias, mirando fijamente el sendero y el rastrojo caliente, con sus ojos negros como el carbón.

Pero La Loba regresó a la era muchas veces, y Nanni dejó de protestar. Más aún, cuando ella tardaba en llegar, en las horas que van de la víspera a la nona, él la esperaba en lo más alto del sendero blanco y desierto, con la frente bañada en sudor. Después, volvía a mesarse los cabellos y a gritarle otra vez:

—¡Váyase, váyase! ¡No vuelva más a la era!

Mariquita lloraba noche y día, y miraba a la madre con ojos quemados por el llanto y los celos, como una lobezna, cuando la veía regresar del campo, pálida y muda.

—¡Malvada! —le decía—. ¡Madre malvada!

—¡Cállate!

—¡Ladrona, ladrona!

—¡Cállate!

—¡Voy a ir a la policía! ¡Voy a ir!

—¡Pues ve!

Y fue de verdad, cargando a los hijos, sin ningún miedo y sin derramar una lágrima, como una loca, porque ahora también amaba al marido que le habían impuesto, sucio y embarrado de aceite y aceitunas puestas a fermentar.

El sargento mandó a llamar a Nanni; lo amenazó con mandarlo a la cárcel y luego a la horca. Nanni se arrancaba los cabellos y sollozaba, pero ni siquiera intentó disculparse.

—¡Es la tentación! —decía—. ¡Es la tentación del infierno!

Se arrojó a los pies del sargento, rogándole que lo mandara a la cárcel.

—¡Por caridad, señor sargento, líbreme de este infierno! ¡Ordene que me maten o que me manden a prisión! ¡No deje que vuelva a verla otra vez! ¡Nunca!

—¡No! —dijo La Loba—. Sólo tengo un rincón en la cocina, para dormir. ¡Y la casa es mía! ¡Yo no me voy!

Días después, un mulo pateó a Nanni en el pecho y, pese a estar a punto de morir, el párroco no quiso llevarle los santos óleos. La Loba no salía de la casa, y cuando al fin se fue, Nanni pudo prepararse entonces para morir como buen cristiano; se confesó y comulgó, dando tantas muestras de arrepentimiento y contrición, que todos los vecinos y curiosos lloraban ante la cama del moribundo. Y más le hubiera valido morir ese mismo día, antes de que el diablo volviese a tentarlo y a clavársele en el alma y en el cuerpo cuando sanó.

—¡Déjeme en paz! —le decía a La Loba—. ¡Por caridad, déjeme en paz! He visto a la muerte con mis propios ojos. La pobre Mariquita está desesperada. ¡Ahora todo el pueblo lo sabe! Dejar de verla es mejor para usted y para mí...

Y él hubiera querido arrancarse los ojos, para no ver los de La Loba, que, cuando se clavaban en los suyos, hacíanle sentir que perdía el cuerpo y el alma. Ya no sabía qué hacer para librarse del hechizo. Mandó a decir misas en sufragio de las almas del Purgatorio; fue a pedir ayuda al párroco y al sargento. En la Pascua fue a confesarse, y lamió seis palmos del atrio, delante de todos, como penitencia. Después, dado que La Loba no dejaba de incitarlo, le dijo:

—¡Óigame bien! Que no se le ocurra venir a buscarme a la era, porque como hay un Dios en el cielo, ¡la mato!

—¡Mátame! —le dijo La Loba—. No me importa, porque sin ti no quiero vivir.

Cuando volvió a divisarla a lo lejos, en medio del sembradío verde, dejó de escardar la viña y fue por el hacha que pendía de la rama de un olmo. La Loba lo vio llegar, pálido y trastornado, con el hacha que relumbraba con la luz del sol; pero ella no se detuvo ni bajó los ojos, y fue a su encuentro, llevando entre las manos un manojo de amapolas rojas y comiéndoselo con sus ojazos negros.

—¡Ay! ¡Maldita sea su alma! —murmuró Nanni.

GIOVANNI VERGA SE RESISTÍA A TEORIZAR acerca de su obra. Que se sepa, lo hizo sólo una vez, en la extensa dedicatoria del cuento *El amante de Gramigna* dirigida a Salvatore Farina. La transcribo completa en razón de su importancia:

“Caro Farina este no es un cuento, sino un simple borrador. Al menos, tiene el mérito de ser breve y, tratándose de algo histórico —un documento humano, como se dice ahora—, interesante para ti y para todos los que estudian en el gran libro del corazón. Te lo cuento tal y como lo escuché en las veredas, más o menos con las mismas palabras sencillas y pintorescas de la narración popular, dado que tú preferirías hallarte cara a cara con el hecho escueto y desnudo, en lugar de tener que buscarlo entre líneas, a través de la lente del autor. El hecho humano, sencillo, siempre hace pensar; siempre tendrá la eficacia de haber ocurrido, de las lágrimas verdaderas, de las fiebres y de las sensaciones que han pasado por la carne el misterioso proceso en el cual se anudan, se entrelazan, maduran y se despliegan las pasiones en su camino subterráneo, en su ir y venir que, a menudo, parece contradictorio, y que seguirá constituyendo la poderosa atracción de ese fenómeno psicológico que forma el argumento de una narración, mismo que el análisis moderno procura ver ahora con escrúpulo científico. Hoy te cuento solamente el punto de partida y el final, que a ti te bastarán, como algún día bastarán a todos.

“Nosotros continuamos el proceso artístico al cual debemos tantos momentos gloriosos, pero con un método diferente, más íntimo y minucioso. De buen grado sacrificamos el efecto de la catástrofe, en nombre del desarrollo lógico, necesario, de las pasiones y los hechos, para hacer de ella, quizás algo menos imprevisto y dramático, pero no menos fatal. Somos más modestos, acaso más humildes. La demostración de este oscuro vínculo entre causa y efecto no será ciertamente menos útil para el arte del porvenir. ¿Se llegará algún día a un perfeccionamiento tal en el estudio de las pasiones, que resulte inútil proseguir con el estudio del hombre interior? La ciencia del corazón humano, que será el fruto del arte nuevo, ¿desarrollará de tal modo todas las virtudes de la imaginación, para que las novelas del porvenir traten únicamente de *hechos diversos*?

Cuando la afinidad y la cohesión de todas sus partes sea tan completa en el relato, y el proceso de la creación permanezca como un misterio, como el despliegue de las pasiones humanas; cuando la armonía de su forma sea tan perfecta, y el modo y su razón de ser tan necesarios, que la mano del artista quede invisible por entero, sólo entonces tendrá la impronta del acontecimiento real: la obra de arte aparecerá como algo que *se ha hecho por sí mismo*, que brotó y maduró espontáneamente, como un hecho natural, sin guardar ningún punto de contacto con su autor, sin ninguna mancha del pecado original”.

Giovanni Verga, gran maestro del verismo, nació el 2 de septiembre de 1840, en Catania, Sicilia; murió el 27 de enero de 1922. [11](#)